

MARÍA: LA VIRGEN DE LA ESCUCHA, LA VIRGEN DEL SÍ
(Santuario de Guadalupe, 5 de septiembre 2026)

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos de la comunidad franciscana que tenéis el honor y la responsabilidad de ser custodios y guardianes de la Santa Casa de Guadalupe, Damas y Caballeros de Ntra. Sra., Miembros de la OFS, queridos peregrinos y hermanos todos: ¡*El señor os dé la paz!*

Un año más nos acercamos con gozo a este “río de gracia” que es el santuario de Guadalupe, para mostrar nuestro amor de hijos a la Patrona de Extremadura y Reina de la Hispanidad, Ntra. Sra. de Guadalupe, y para presentarle nuestras preocupaciones, nuestras tristezas y nuestras alegrías. Lo hacemos en este tiempo de gracia que es el Jubileo Guadalupense. Hemos escuchado, como decimos los obispos en la Carta pastoral con motivo de este Jubileo, que la Madre nos busca y premurosos hemos respondido a esta espera.

Nos encontramos en lo que muy bien podemos llamar el corazón espiritual de Extremadura. La devoción a esta veneranda imagen de la Virgen de Guadalupe hunde sus raíces en la Edad Media. Todo comenzó con una pequeña ermita, desarrollándose posteriormente bajo la protección de Alfonso XI, especialmente después de la batalla del Salado de 1340, hasta convertirse en uno de los grandes centros de peregrinación de la Corona de Castilla.

Aquí los Jerónimos hicieron del monasterio un importantísimo centro religioso y cultural. Aquí florecieron el culto mariano, la música, la miniatura, la medicina, la farmacia, la biblioteca, así como diversos talleres artísticos. Aquí los Franciscanos, en época más reciente, salvaron el santuario de las ruinas y potenciaron la devoción a la Virgen Morena, como se puede ver hasta nuestros días. Gracias a su labor, Guadalupe no es solo un santuario extremeño: es una de las grandes instituciones religiosas y culturales de Extremadura, lo que llevó a que en el año 1907 la Virgen de la Villuercas fuera proclamada Patrona Principal de nuestra tierra extremeña.

Pero no basta admirar esta gran historia que hemos de conocer y transmitir, sobre todo nosotros extremeños. Hemos venido a Guadalupe para mirar a María y encontrarnos con ella, lo que significa que preguntarnos qué quiere enseñarnos la “Virgen hecha Iglesia”, como la aclamaba el Padre San Francisco. Porque la devoción cristiana no consiste solamente en admirar a la Virgen, sino en aprender de ella. Como hijos que nos sentimos de tan buena Madre, hemos de acogerla en nuestra “casa”, en nuestro corazón, como hizo Juan después de la muerte de Jesús, y dirigimos a ella como tal, como Madre que es, y al mismo hemos de ver en ella, de la que como escuchamos en la segunda lectura nació el Hijo de Dios (*Gal 4, 4*), a la discípula del Señor que nos muestra, como Maestra que es, el camino para llegar a Jesús, como ya nos indicó san Pablo VI.

Porque es nuestra Madre, festejemos a nuestra Madre entonando “cantos festivos acompañados de instrumentos, arpas, cítaras y platillos”, como nos relata el

Libro de las Crónicas hablándonos del traslado del arca del Señor al lugar que habían preparado para ella (cf. *1Cor.* 15, 3-4. 15-16; 16, 1-2). Alegrémonos, pues el Señor también está con nosotros. No temamos, porque también nosotros hemos encontrado gracia ante el Señor (cf. *Lc* 1, 30), y hemos sido rescatados del yugo de la Ley, recibiendo o el ser hijos por adopción, y convirtiéndonos en herederos por voluntad de Dios (*Gal* 4, 5). Proclamemos con la Iglesia “Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre” (*Sal* 112, 1ss). Y porque es nuestra Maestra abramos los oídos del corazón para escuchar lo que su vida nos enseña, comenzando por su “magisterio” desde la cátedra de Nazaret. Escucha, hijo mío, acoge mis palabras” parece decirnos hoy la Virgen a cada uno de nosotros (cf. *Prov.* 4, 10). Contemplemos pues a María para aprender a ser cristianos.

El Evangelio de hoy nos sitúa en la intimidad de la casa de la siempre Virgen María, en Nazaret (cf. *Lc* 1, 26-38). En esa página, una de las más bellas del Evangelio, se nos presenta a María como la Mujer que escucha a Dios y como la Mujer que responde con generosidad a la voluntad del Señor.

María es, ante todo, la mujer que escucha. Toda su vida comienza, en cierto modo, con una palabra escuchada: la palabra del ángel en Nazaret. María no vive encerrada en sí misma. Tiene el corazón abierto a Dios. Escucha antes de hablar. Acoge antes de decidir. Y escuchando a Dios escucha las llamadas que Dios le hace en favor de los demás, como en el caso de la visitación a su prima Isabel (cf. *Lc* 1, 19ss). Así como no es posible responder a las llamadas que nos vienen del mundo sin escuchar a Dios, tampoco es posible escuchar a Dios desentendiéndonos de la realidad.

Ésta es una actitud muy necesaria hoy. Vivimos rodeados de palabras, de noticias, de opiniones, de ruido. Pero quizás escuchamos poco. Escuchamos poco a Dios, escuchamos poco a los demás. Y, a veces, ni siquiera escuchamos nuestro propio corazón. María antes de ser la Madre que habla, es la mujer que escucha. Antes de llevar a Jesús al mundo, es la mujer que acoge la Palabra de Dios en su corazón. Preguntémonos: ¿Dedicamos tiempo para escuchar a Dios? ¿Dejamos que su Palabra ilumine nuestras decisiones? La escucha del Señor ha de ponernos en camino para escuchar las grandes preguntas que nos vienen de la humanidad. ¿Cómo nos situamos ante los desafíos que nos vienen de la situación de los hombres y mujeres de nuestro tiempo?

Y porque escucha, María responde con generosidad. Ella es la mujer del “Sí”: “Hágase en mí según tu palabra”, responde María después de escuchar al ángel. Ésta es quizás la gran actitud mariana: la disponibilidad. María no conoce todo lo que le va a suceder. No tiene resuelto el futuro. No comprende todos los caminos de Dios. Pero confía. Y su “Sí” no es una palabra pronunciada una sola vez. Es una actitud que acompaña toda su vida: en Nazaret, en Belén, en la huida a Egipto, en la vida oculta, en Caná y finalmente al pie de la cruz.

También nosotros somos llamados a aprender a decir “Sí” a Dios. No un “sí” fácil, cuando todo va bien, sino un “sí” que permanece incluso cuando el camino se hace oscuro. Ser cristiano no consiste solo en creer que Dios existe. Consiste en poner nuestra

vida en sus manos y decirle cada día: Señor, aquí estoy, hágase tú voluntad. Y diciendo “Sí” a Dios, decir sí a los hombres que necesitan acogida, que necesitan una palabra de consuelo, un gesto que les abra a la esperanza.

Solo escuchando a Dios y abriéndonos a la acogida de su Palabra podremos ponernos en camino, y vivir con alegría y humildad, actitudes todas ellas necesarias para renovar nuestra vida cristiana y esta porción de Iglesia que peregrina en tierras extremeñas, para las que hoy pedimos la bendición del Señor y la protección de Santa María de Guadalupe.

Queridos hermanos: Nuestra Madre nos busca y nos espera. Nos busca y nos espera para acoger nuestras peticiones y para ayudarnos, con sus enseñanzas, a ser mejores cristianos, que de eso se trata en este Año Jubilar Guadalupense.

Virgen de Guadalupe, Reina y Madre de Extremadura, “rio escondido de gracia”: hemos venido a tu casa para mirarte con amor, pero queremos también aprender de ti. Enséñanos a escuchar como escuchaste tú, a creer como creíste tú, a decir sí, como dijiste tú, a servir como serviste tú, y a permanecer fieles como tú permaneciste fiel al pie de la cruz.

Virgen de Guadalupe “río de lobos”, remanso de paz: Que todos encontremos en ti consuelo, reconciliación y esperanza. Madre de Guadalupe, haz de nosotros cristianos de corazón abierto, capaz de escuchar a Dios y de escuchar a los hermanos; cristianos disponibles para servir; cristianos alegres, humildes y esperanzados; cristianos que no se avergüencen de su fe y que sepan llevar a Jesucristo a los demás serviste tú.

Y que cuando termine como nuestra peregrinación a este Santuario y volvamos a nuestras casas y ocupaciones diarias, que no volvamos iguales. Que, después de haber mirado tu rostro, y dejarnos abrazar por tu mirada, vivamos un poco más como viviste tú.

Madre de Guadalupe, “mujer que vence a la serpiente”: enséñanos a no tener miedo, pues eres nuestra madre; enséñanos a ser discípulos de tu Hijo y acompáñanos siempre en el camino de fe. *Fiat, fiat, amen, amén.*